

que el Hijo del hombre en su venida hallará en ella mucha fe? *¡Filius hominis veniens, putas, inveniet fidem in terra* (1)?

XII.
Reflexiones
sobre los
dos mon-
struos de que
se habla en
el libro de
Job.

Los dos monstruos *Behemot* y *Leviatan*, que Dios describe en este libro, merecen tanta atención como los grandes acontecimientos con que pueden estar íntimamente enlazados; porque tienen caracteres tan singulares y tan visiblemente misteriosos, que los intérpretes varían mucho en la explicación de este enigma. Los mas de los que se adhieren á la letra, piensan que el primero es *el elefante* y el segundo *la ballena*; algunos creen que aquel es el *hipopótamo*, ó *caballo marino*, y este *el cocodrilo*. San Gregorio y la mayor parte de los padres mas dedicados al sentido espiritual, opinan que representan *al demonio* y á *los malvados*; porque es preciso confesar que en su tiempo no pudieron llevar mas adelante sus miras. Pero los acontecimientos posteriores han esparcido mas luz sobre estas descripciones misteriosas, y han dado ocasion á que se descubran las relaciones que hay entre los dos monstruos descritos en el libro de Job, y los dos de que se habla en el Apocalipsis (2). El nombre *Behemot* en lengua hebrea significa *la bestia*, y la bestia mas distinguida, porque el plural en aquella lengua indica una distinción particular. La palabra hebrea que en singular significa simplemente *sabiduría*, en el plural significa *la sabiduría* por excelencia; del mismo modo *Behemah* en singular significa simplemente *bestia*; pero el plural *Behemot* indica una bestia que merecerá ser llamada por distinción *la bestia*, y tal es precisamente el primero de los dos monstruos de que habla San Juan (3): Esta es *la bestia*, dice, sin darle otro nombre. La palabra *Leviatan* se compone de dos que significan *la sociedad del dragon*, pues es muy usado entre los Hebreos no escribir dobles las letras, aunque lo sean en la pronunciación, por consiguiente aun pronunciándose *Leviat-tan*, debió escribirse *Leviatan*, quedando la misma palabra, y por tanto la misma significación. Esta es, como hemos dicho, *la sociedad del dragon*, y nadie ignora cual es *el gran dragon*, *aquella antigua serpiente*, llamada *diablo* y *Satanas*, y que *sedujo á todo el universo* (4). Es pues este *Leviatan* muy propio para representar el monstruo que San Juan llama *el falso profeta de la bestia*, y cuyo oficio es *seducir á los habitantes de la tierra* (5). Falta ahora saber qué significan los dos monstruos de que habla este evangelista, al primero de los cuales le da tres épocas, caracterizadas de este modo: *Existia, no existe; pero debe subir del abismo* (6). Existia en tiempo del imperio romano idólatra; no existe desde que se destruyó este imperio; pero ha comenzado á aparecer en el imperio anti-cristiano de Mahoma, y estará en todo su vigor en el tiempo del Anticristo. Así es como muchos han explicado esto despues del nacimiento del imperio mahometano, lo que era imposible que pudiesen alcanzar San Gregorio y los otros que vivieron en los tiempos anteriores. El número del nombre del monstruo, que es misterioso segun San Juan, y que hace 666, se halla en el nombre de Mahoma en griego, *Maometis*, siendo ademas de notar que su imperio comenzó el año de 622 de la era cristiana vul-

(1) *Luc.* xviii. 8.—(2) *Apoc.* xiii.—(3) *Apoc.* xiii. 1. *et seqq.*—(4) *Apoc.* xii. 9.—(5) *Apoc.* xiii. 11. *et seqq.* xvi. 13. *et xix.* 20.—(6) *Apoc.* xvii. 8.

gar, 666 desde el principio del reinado de Augusto, primer emperador romano, contándole el tiempo desde la muerte de Julio César, el año 710 de la fundación de Roma. No será tan fácil reconocer al *falso profeta de la bestia*, porque los tiempos no están adelantados de modo que nos descubran todos los caracteres que debe tener. Pero San Gregorio creyó ver en él la multitud de falsos profetas ó falsos apóstoles, que sostendrán el partido del Anticristo: *Post Antichristum alia bestia ascendisse de terra dicitur, quia post eum, multitudo prædicatorum illius ex terrena potestate gloriatur* (1). Estos hombres, segun San Juan, tendrán *cuernos*, esto es, poder, *semejantes á los del cordero*, pero *hablarán el lenguaje del dragon* (2); merecerán pues, al ménos por su lenguaje, que se les llame *Leviatan*, la sociedad del dragon. La serie de los acontecimientos acabará de correr el velo á estos enigmas. Mas entretanto importa estudiar lo que dice San Gregorio acerca de estos dos monstruos en su excelente obra sobre Job. Esto es lo que nos ha determinado á dar un extracto de su interpretación en la disertación en que tratamos de ellos.

(1) *Gregor. Moral. in Job, lib. xxxiii. cap. 20.*—(2) *Apoc.* xiii. 11.

DISERTACION

SOBRE

LA ENFERMEDAD DE JOB.

No puede verse sin horror la pintura que los libros sagrados nos hacen de la enfermedad de Job, que realmente no era una sola, sino muchas complicadas, todas violentas, todas extremadas, tanto que una de ellas bastaria para ejercitar la paciencia del hombre mas constante y virtuoso. Aun cuando por otra parte no las conociéramos, para formar idea de ellas bastaria considerar que fueron hijas del odio, de la malicia, y del furor de Satanás, á quien aquel santo fué entregado para ser afligido en su cuerpo. El demonio, vencido en todos los ataques que le habia dado, obtuvo por fin el poder de atacar su carne. *Yo te le abandono*, le dice el Señor, *pero conserva su alma*. Hazle sufrir cuanto puedas, pero no toques su vida. *Entonces Satanás, partiendo de la presencia del Señor, hirió á Job con una úlcera muy peligrosa desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza. Job se sentó en el polvo, y limpiaba con un tiesto la podredumbre que salía de sus úlceras* (1), ó segun el hebreo, *raia sus úlceras con un tiesto*. Este es en general el estado á que, segun dice la Escritura, se vió reducido Job; pero en la serie de sus discursos hay otras muchas particularidades, queharemos notar en esta disertación, para poner fielmente á la vista todo lo que sufrió en su cuerpo.

(1) *Job.* ii. 6. 7. 8.

I.
Idea que los
libros sagra-
dos nos dan
de la enfer-
medad de
Job.

Pineda (1) que trató esta materia con mucha extension y bastante exactitud, le cuenta hasta treinta y una ó treinta y dos clases de enfermedades; aunque habiendo entre ellas algunas que solo se distinguen en el nombre, podrian reducirse á ménos número, si se comprendieran bajo ciertas enfermedades generales. Bartolin (2) que escribió sobre esto mas superficialmente, no deja de contar cerca de doce; y si se reuniera todo lo que han dicho los expositores, resultaria tal vez un número mayor, porque debe reflexionarse en que este espejo de paciencia fue afligido, cuando ménos, un año entero; y aun hay quienes digan que su afliccion duró tres, siete, y hasta diez años; que durante todo este tiempo no hubo parte exterior ni interior de su cuerpo, que no sufriese sucesivamente todos los males que Satanas pudo imaginar; que su alma se vió agobiada de disgustos, de inquietudes, de tentaciones, y de penas espirituales, á proporcion de que su cuerpo padecia dolores y enfermedades. En fin, San Juan Crisóstomo (3) no tiene embarazo para decir, que sufrió todos los males que puede sufrir un hombre, y que los sufrió en grado supremo; que el demonio agotó en él todos sus tiros; y en una palabra, que se le sujetó á toda clase de pruebas, y padeció todos los males del mundo en un solo cuerpo.

Y así cuando la Escritura dice sólamete que Job fue herido con una úlcera muy peligrosa (4) desde la cabeza hasta los pies, aunque este espectáculo sea por sí mismo bastante terrible, no se debe imaginar que este haya sido todo su mal. Bajo aquel nombre deben comprenderse todos los diferentes males que Moises llama las enfermedades de Egipto: *Infirmities Ægypti pessimas* (5): las llagas en las piernas y en la boca que los antiguos nos describen como tan comunes en la Siria y en el Egipto, y en una palabra, aquella terrible enfermedad que llaman *elefancia* ó lepra, enfermedad que comprende otras muchas, y cuya malignidad ataca todas las partes del cuerpo.

El libro de Job nos dice, que todo el cuerpo de este santo hombre era una llaga (6), y que Satanas le habia despedazado con heridas sobre heridas sin piedad alguna (7). Que sus úlceras estaban agusanadas, y despedian un pus hediondo y corrompido (8). (El texto hebreo y la Vulgata no hablan expésamente de los gusanos mas que en un lugar; pero los Setenta los mientan con mas frecuencia, y los padres creyeron que las úlceras de Job estaban llenas de ellos.) Que estaba reducido á raer sus llagas con un tiesto (9), sin poder hacer uso de los dedos, ó por su inflamacion, ó por las úlceras de que estaban cargados, ó por su hinchazon. Que sufria un calor interno, ó una especie de fiebre aguda y continua que le consumia (10).

(1) Pineda in Job. ii. 6. 7. 8. tom. i. pag. 137. et seqq.—(2) Bartolin de morbis bibl. c. vii.—(3) Chrysost. in Caten. pag. 51.—(4) Job. ii. 7.—(5) Deut. xviii. 27. Percutiat te Dominus ulcere Ægypti. et v. 35. Percutiat te Dominus ulcere pessimo in genibus et in suris, sanarique non possis, à planta pedis usque ad verticem tuam. Et v. 60. Item. c. vii. 15.—(6) Job. ii. 7. Percussit Job ulcere pessimo, à planta pedis usque ad verticem ejus.—(7) Job. xvi. 15. Concidit me vulnere super vulnus.—(8) Job. vii. 5. Induta est caro mea putredine et sordibus pulveris. Et xvii. 14. Putredini dixi: Pater meus es, mater mea, et soror mea, vermibus. Et xxx. 17. Qui me comedunt non dormiunt. Et v. 18. In multitudine eorum consumitur vestimentum meum. Vide et cap. ii. post. v. 9. in græco.—(9) Job. ii. 8. Testa saniem radebat, sedens in sterquilino.—(10) Job. xxx. 30. Ossa mea aruerunt præ caumate. Et v. 16. in me-

Que estaba todo descarnado, exhausto, desecado; su piel denegrida, arrugada, y pegada contra los huesos; de suerte que no le quedaban mas que los labios al rededor de los dientes (1). Que su aliento exhalaba un hedor de tal modo insufrible, que su propia muger se horrorizaba de él (2). Que todos los suyos le habian abandonado, y se veia precisado á permanecer fuera de la ciudad retirado del comercio de los hombres. Que estaba de tal suerte desfigurado, que aun sus amigos no le conocian (3). Que sufria una esquinencia sufocante, que le hacia desear una muerte pronta y fácil (4). Que de dia y de noche sentia mortal languidez, fastidios, é inquietudes (5), y le turbaban funestos sueños (6). Que sufria dolores de entrañas y riñones (7). Que su rostro estaba hinchado á fuerza de llorar, y sus ojos eclipsados (8). Finalmente que habia enronquecido de modo, que su voz parecia mas bien un rugido que palabras articuladas (9). He aquí cuales fueron los males de que Job se vió abrumado, y los sintomas de su horrible enfermedad; por ellos podremos formar juicio de su naturaleza. Es incontestable que la mayor parte de estas circunstancias se conforman mucho con lo que se dice de la lepra, como se echará de ver fácilmente por lo que vamos á decir.

Plinio (10) dice que la lepra comienza ordinariamente por el rostro, apareciendo en la nariz como una mancha de la magnitud de una lenteja. Despues se extiende en la superficie de la piel, la cual se pone áspera, manchada de diferentes colores, dura y gruesa en algunas partes del cuerpo, y suave y delgada en otras, y finalmente negra y atezada. Esta enfermedad deseca y disipa la robustez, de suerte que al que se ve atacado de ella no le queda mas que el pellejo untado á los huesos, y causa una inflamacion extraordinaria en los dedos de los pies y de las manos. Es propia del Egipto, donde segun asegura el mismo Plinio, cuando los reyes se ven atacados de ella, se hacen curar con baños de sangre de niños. Galeno (11) dice que la lepra degenera á veces en úlceras, y que entónces causa grandísima deformidad en todas las partes del rostro: la nariz se aplana porque le come la raiz: las orejas se disminuyen porque afecta las glándulas que las rodean: los labios se hinchan, y parecen mas gruesos que de ordinario, por cuya razon se le ha dado el nombre de *satirismo*, pues el rostro se pone semejante al de un sátiro. Celso (12) asegura que ataca todo el cuerpo, extendiendo su malignidad hasta los huesos y las partes mas internas: la piel se carga de diversas manchas y pústulas de un color rojo que tira á negro, y su superficie se pone desiguálmente gruesa y delgada, áspera y lisa,

II.

La mayor parte de las circunstancias de la enfermedad de Job dan motivos para creer que fue lepra.

metipso marcescit anima mea.—(1) Job. vii. 5. Cutis mea aruit, et contracta est. Et xvi. 8. 9. In nihilum redacti sunt omnes artus mei, ruga mea testimonium dicunt contra me. xix. 20. Pelli mea, consumptis carnibus, adhesit os meum, et derelicta sunt tantummodo labia circa dentes meos. Vide et xxx. 15. 30.—(2) Job. xix. 17. Halitum meum exhorruit uxor mea.—(3) Job. ii. 12. Cum elevassent oculos non cognoverunt eum.—(4) Job. vii. 15. Elegit suspendium anima mea, et mortem ossa mea. Vide et xxx. 18.—(5) Job. vii. 4. xxx. 16.—(6) Job. vi. 4. Terrores Domini militant contra me. Et vii. 14. Terrebris me per somnia.—(7) Job. xvi. 14. Convulneravit lumbos meos, effudit in terra viscera mea. Vide et xxx. 27. Interiora mea efferbuerunt absque ulla reque: pravenerunt me dies afflictionis.—(8) Job. xvi. 17. Facies mea intumuit à fletu, et palpebræ meæ caligaverunt.—(9) Job. iii. 24. Tamquam inundantes aquæ sic rugitus meus.—(10) Plin. lib. xxvii. c. 1.—(11) Galen. de Caus. Morb. c. 7.—(12) Celso lib. iii. c. 23.

dura y blanda: las partes en que carga mas se ponen ásperas, y cargadas de asquerosas escamas; el cuerpo se enflaquece y deseca: los pies y las pantorrillas se hinchan, y cuando la enfermedad es ya vieja, la hinchazon cunde hasta los dedos de los pies y de las manos: una fiebre lenta se apodera de la masa de la sangre, y consume fácilmente un cuerpo abrumado de tantos males.

Tanto los nuevos viajeros que han visto á los leprosos en Palestina y en Egipto, como los escritores que han tratado de los que por espacio de muchos siglos se han conocido en Europa, nos dan de ellos casi esta misma idea. Un viajero ingles (1) dice que los leprosos que vió en la Palestina, son muy diferentes de los de Inglaterra. „La lepra de aquellos cubre toda la superficie del cuerpo „de costras asquerosas, y causa en las coyunturas, principalmente „en los puños y tobillos, una gran deformidad, hinchándolos y cargándolos de un humor gotoso y sarnoso; de modo que sus piernas „se ponen semejantes á las de los caballos viejos trabajados. En fin „dice que el mal es de tal naturaleza, que puede tenerse por la última corrupción del cuerpo humano.”

En la enfermedad de Job se notan casi todos los síntomas de la lepra. Los Rabinos cuentan que el primer día se cubrió de manchas rojas como de viruelas: el segundo se hincharon: el tercero se aumentó la hinchazon: el cuarto se pusieron negras y lividas: el quinto se llenaron de un humor rojo y corrompido: el sexto este humor se convirtió en pus; y el séptimo engendró gusanos. Aunque la Escritura nada nos dice de estas circunstancias, ni de esta gradacion; es todo muy creible, si por las causas y los antecedentes se juzga de los efectos y consiguientes, porque era imposible que las úlceras que cubrieron el cuerpo de Job se hubieran formado repentinamente.

Cuando se declaró el mal, y se conoció que Job estaba tocado por Dios (así es como se expresa la Escritura (2) cuando habla de los leprosos), se vió obligado á salir de la ciudad, y quedar solo y apartado de la sociedad, destituido de todo socorro, sentado en el polvo (3), como un hombre en cierto modo ya muerto y considerado con horror por sus parientes, por sus domésticos, y por los últimos y mas viles del pueblo (4). Se lamenta y se queja como sumergido en la mayor desgracia. La muerte de sus hijos, la pérdida de sus bienes y los insultos de su muger no le habian conmovido; pero á vista de esta cruel enfermedad se turba y se aterroriza. Sus amigos le lloran como muerto, rompen sus vestidos, y se cubren de ceniza, como para prevenir su duelo y sus funerales.

Se sabe el horror que todos los pueblos, y particularmente los Orientales, han tenido siempre á la lepra, y cómo han tratado á los leprosos, temiendo que su comunicacion, y aun su aliento, inficionasen á los sanos. Entre los Persas (5) y los Hebreos (6) se les echaba de las ciudades, se huía de ellos como de apestados, y se les contemplaba como hombres aborrecidos de Dios y sujetos á su indignacion. Entre los

(1) Maudrel, Viaje de Jerusalem p. 249.—(2) Isai. lvi. 4. *Putavimus eum quasi leprosum* (Hebr. *quasi tactum*). Vide 2. Par. xxvi. 20. etc.—(3) Job. xi. 8.—(4) Job. vi. 13. *Ecce non est auxilium mihi in me, et necessarii quoque mei recesserunt á me.....* Ibid. 15. *Fratres mei præterierunt me sicut torrens qui raptim transit, etc.*—(5) Herod. lib. i. c. 138.—(6) Levit. xiii. 45.

Judíos se vió un rey (1), que atacado de este mal, fué en cierto modo privado de su autoridad, separado de los negocios, obligado á salir de su palacio, y á permanecer incomunicado, y por último no se le dió sepultura en el sepulcro de los reyes, como si se temiera que el contagio de este mal terrible pasase hasta la mansion de los muertos.

En una disertacion particular (2) nos encargamos de manifestar, que la lepra era causada por una multitud de gusanos imperceptibles, que se engendraban en la carne del leproso, la consumian, y causaban aquellas úlceras asquerosas, y aquella sarna que hacia su piel tan deforme y escabrosa. Job se queja varias veces de que estaba hecho presa de la corrupcion, y reducido á decir á los gusanos: Vosotros sois mi hermana y mi madre (3): que los que le corroen no duermen (4), y que le consumen como un vestido viejo (5). Considera su cuerpo como ya en el sepulcro, de donde no se promete salir, porque efectivamente en aquel tiempo no habia remedio para la lepra, como no le hay en el dia, cuando ha llegado al punto en que se hallaba la de Job. Nos dice que su piel estaba corrompida y cubierta de llagas, desecada, denegrada y livida. Todo esto es tan propio de la enfermedad de que vamos hablando, que ninguna otra señal puede designarla mas distintamente.

Los dolores, las inquietudes, las desveladas, y los miedos que mortificaban á Job, eran todos consecuencias naturales de la lepra. Veamos como se explica: *No cuento en mi vida mas que noches llenas de trabajo y de dolor. Si estoy acostado digo: ¿Cuándo me levantaré? Y estando levantado espero la tarde con impaciencia y quedo en un mar de dolores hasta la noche.... Si digo: Acaso mi lecho me consolará; tú me atormentarás con sueños, y me turbarás con horribles visiones. Por cuya causa mi alma quisiera mas bien una muerte violenta, y he pedido que mis huesos sean reducidos á polvo. He perdido todas las esperanzas de poder vivir* (6) mas. Y en otra parte: *El Señor me ha puesto de blanco á sus saetas, la indignacion que derrama sobre mí agota mis espíritus, y sus terrores me asaltan por todas partes* (7). Y en el cap. xxx v. 16. y 17: *Mi alma desfallece en mí mismo, y estoy poseido de los males que me abrumen; mis dolores durante la noche taladran mis huesos.* He aquí la pintura de las aflicciones de espíritu que sufría, mientras que su cuerpo estaba entregado á aquella cruel enfermedad, que turba toda la constitucion de la sangre y de los humores, que llena el corazon de tristeza, y el espíritu de obscuras nieblas, y que hace padecer continuos dolores, siempre nuevos, y siempre sensibles, demasiado violentos para causar el desfallecimiento y la inquietud, y muy débiles para ocasionar una muerte pronta y quitar toda sensacion.

La reunion de todas estas circunstancias ha determinado á casi todos los padres á sostener expresa ó implícitamente que Job habia sido leproso. Así opinan San Juan Crisóstomo (8), Policronio (9), Apolinario (10), el presbítero Felipe, el venerable Beda y otros muchos antiguos, y entre ellos el autor de los sermones *ad Fratres in Ere-*

(1) 2. Par. xxvi. 20. 21. 23.—(2) Disertacion sobre la lepra al frente del Levitico, tom. iii.—(3) Job. xvii. 14.—(4) Job. xxx. 17.—(5) Job. xxx. 18.—(6) Ibid. vii. 3. 4. 13. et seqq.—(7) Job. vi. 4.—(8) Chrys. in Caten. p. 76.—(9) Polychron. Ibid.—(10) Apollin Ibid.

no que corren bajo el nombre de San Agustin (1). Así tambien le enseñan Pineda, Bartolin, y la mayor parte de los intérpretes. Y aun podia asegurarse que esta es la opinion comun de la Iglesia, supuesto que ha dedicado multitud de altares, capillas y cuadros del Santo Job en los hospitales y otros lugares semejantes destinados á curar á los leprosos. Tambien los que se ven atacados de la lepra, ó de las enfermedades que tienen relacion con ella ocurren á este santo, como á quien ha escogido la Iglesia por su patrono é intercesor particular (2). Iguálmente se implora su proteccion contra el gálico que en sus principios fue conocido con el nombre de *enfermedad del Santo Job*.

III.
¿La lepra es
lo mismo
que el gálico?
¿Puede decirse que
Job tuvo este
mal?

El gálico, segun muchas personas instruidas, es lo mismo que la lepra (3), tiene los mismos efectos, los mismos signos, los mismos accidentes, y ambas enfermedades podrian curarse con los mismos remedios, si se atendiese á la lepra en sus principios, y ántes que afectara la masa de la sangre y los humores. Muchos comentadores de crédito sostienen que Job tuvo este vergonzoso mal. Vatablo (4), Cipriano Cisterciense (5), Pineda (6), Bolduc (7) y otros (8) lo dicen expresamente. Bartolin (9) defiende lo contrario, asegurando que seria injuriar á un hombre tan santo como Job, suponerle una enfermedad, que es la justa pena de aquellos y aquellas que se entregan á la vergonzosa disolucion. A esto se añade que esta enfermedad no es, ni con mucho, tan antigua como Job, pues no se conoció en la Europa sino despues del descubrimiento de la América, donde, segun la opinion comun, los Españoles la contrajeron, y la comunicaron á los Franceses en el sitio de Nápoles, en tiempo del emperador Federico IV y Carlos VIII, rey de Francia, por cuyo motivo se le llamó *mal de Nápoles* en Francia, y *mal frances* en Italia. Pero estas razones no carecen de respuesta. Y así parece muy probable que la vergonzosa enfermedad, conocida hoy con diferentes nombres, que el pudor no permite siempre pronunciar, no es realmente sino la que en otro tiempo se llamó *lepra*; que por consiguiente este mal es muy antiguo en el mundo, y muy conocido en la antigüedad, aunque con otros nombres; y que no se menoscaba la santidad, ni la inocencia, ni la pureza de Job, asentando que por la malicia del demonio sufrió esta cruel y terrible enfermedad. Esto es lo que vamos á manifestar un poco mas extensamente.

El gálico no es siempre consecuencia de la intemperancia y disolucion de los que le resienten, aunque esta sea su mas ordinaria causa. Es la enfermedad mas contagiosa, de suerte que un niño que recibe el pecho de una nodriza enferma, le contrae con la leche; y recíprocamente un niño, que le ha heredado de sus padres, le comunica á su nodriza. Un hombre sano puede, sin pensarlo, contagiarse repentinamente acostándose al lado de una persona enferma, bebiendo en su vaso, limpiándose con su servilleta, ó usando de su ropa, especialmente si tiene un temperamento débil y delicado, y si aquello que se toca, se ha acercado á la parte mas corrompida.

(1) *Fratres in Eremito*.—(2) Véase á Baillet. Vidas de los Santos del Antiguo Testamento 10 de mayo.—(3) Gassendi, Gaffrael Tournefort. Véase nuestra Disertacion sobre la lepra, tom. II.—(4) Vatabl. in Job. 2. *Scabie fœdissima quam vocant Indiam*.—(5) *Cypr. Cister. Comment. in Job. Edit. Complut. 1582*.—(6) Pineda in Job. c. II. v. 7. p. 143.—(7) Bolduc in Job. xxx. 30. p. 290.—(8) *Désougues. Epist. Medicinal. Hist. de lue venerea*.—(9) *De Morb. Biblic. c. 7*.

Algunos nos han hecho objeciones sobre lo que hemos dicho de la enfermedad de Job, y señaladamente contra la facilidad con que hemos asegurado que puede contraerse. Pero Cardin (1) asegura que en el Oriente, principalmente en Persia, no se ha menester mas que conversar familiarmente con un enfermo de este mal, para contraerle, tanto por la actividad y sutileza de la enfermedad, como por la disposicion del cuerpo, preparado á recibirla en aquel pais, mas bien que en otros, á causa de que el calor y la sequedad del aire, y el uso frecuente de los baños mantienen muy abiertos los poros.

No debe pues decirse que se agravarian la pureza y la inocencia de Job, suponiéndole atacado de este penoso mal; y que se da mucho poder al demonio, creyendo que pudo causarle un desorden en los humores, capaz de cubrirle de lepra, y de los síntomas de la enfermedad de que hablamos. Sin dar á este el poder soberano, y sin tocar el mérito de la santidad de aquel, puede muy bien decirse que fué fácil que contrajese el mal, ó tocando alguna cosa contagiada, ó sirviéndose de la ropa de algun enfermo, ó durmiendo donde este hubiera dormido; porque debé notarse que Dios no permitió que enfermase, sino despues de reducido á la extrema miseria. El demonio no hizo mas que aplicar las causas segundas para que produjesen sus efectos; y esto es á lo único que limitamos su poder. ¿Podria este enemigo de la virtud sujetar la paciencia de Job á una prueba mas terrible, que hiriéndole con una enfermedad la mas vergonzosa y mas cruel que se conoce en la naturaleza? *Hec lues quidquid in aliis est horrendum una secum trahit*, dice Erasmo (2). Hay quien crea que Sofar, uno de los amigos de Job, queria acusarle tácitamente de disoluto, y manifestar que se habia hecho acreedor á este castigo por su incontinencia, diciendo: *Los desórdenes de la juventud del impío penetrarán hasta sus huesos, y dormirán con él en el polvo* (3); pero nosotros tememos agravar la falta de Sofar atribuyéndole este concepto. Parece que antiguamente no se creia que este mal viniese de comercios impuros, pues Moises nada prescribe contra la lepra, por lo cual pudiera creerse que tenia de ella esta idea, si no es la prohibicion con pena de muerte que hace al marido, de acercarse á su muger en los dias de su impureza (4). Entre los Judios nada tenia la lepra de vergonzoso, mas que ser considerada como castigo de Dios, y efecto de su indignacion.

Los médicos enseñan que el mal venéreo está de ordinario acompañado de llagas, ó á lo ménos de pústulas, que aparecen en diversas partes del cuerpo, y causan muy vivos dolores. No solamente corrompe la superficie de las carnes y de la piel, sino que penetra hasta los huesos, se comunica á las partes interiores, é inficiona la sangre y los humores. En la piel se descubren costras circulares, hundidas hácia el centro, y elevadas hácia los bordes, de un color amarillento que tira á negro. Algunas veces se caen los cabellos, las barbas y las cejas. Una secreta infeccion corroe al enfermo, sigue ordinariamente la fiebre, que acaba de consumir el cuerpo, si no se ocurre á tiempo, curando el mal radicalmente. Todos estos síntomas se advierten igualmente en la lepra; y por tanto debe concluirse que estas dos enfermedades son

(1) Cardin, Viaje á Persia, tom. II. 1.ª part. cap. últ. pag. 200.—(2) *Erasm. Ep. 62. ad reg. Polon. Cancellar.*—(3) *Job. xx. 11*.—(4) *Levit. xviii. 19. xx. 18*.